

De Medellín a Aparecida: Nuevos desafíos para la Iglesia y la evangelización de hoy

■ Gustavo Gutiérrez, O.P.
Sacerdote y teólogo dominico peruano.
Versión del texto no corregida por el autor.

Introducción

No soy un experto en el campo de la comunicación. Pero si puedo compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la etapa y el proceso que estamos viviendo en América Latina. Una pregunta que ha aparecido en estos años, y que también ha surgido antes, es, ¿lo que ocurrió y lo que surgió ya antes y después de la Conferencia de Medellín todavía mantiene su vigencia en pleno siglo XXI, después de cuarenta años?

En verdad, algunos se lo preguntaron respecto de Medellín, a los pocos meses de su realización. Ya entonces algunos pensaban que esa Conferencia había sido un paso en falso, en el fondo nunca estuvieron de acuerdo con ella. El tema central planteado por la Conferencia de Medellín fue revisar la realidad de América Latina a la luz del Concilio Vaticano II. No se puede volver atrás las agujas el reloj, pero sí se puede hacer memoria de esos acontecimientos, entendiendo por memoria lo que decía Agustín: la memoria es el presente del pasado.

En ese sentido irán las consideraciones que siguen. Aparecida nos permite una entrada muy interesante a esta memoria. Se ha dicho que ella

ha sido una sorpresa. Por mi parte, pienso que no se puede entender Aparecida si no tenemos en mente las décadas precedentes marcadas por el tiempo de Medellín, como tampoco podemos explicar Vaticano II sin las experiencias pastorales y las reflexiones teológicas que lo antecedieron. Así también se debe comprender el proceso que se cristaliza en la Conferencia de Aparecida. Si por la sorpresa se entiende que pudo haber sido otro el resultado, de acuerdo. No hay determinismo en la historia. Pero no es sorpresa porque no se puede olvidar la vida de la Iglesia latinoamericana y caribeña, la entrega de vidas en estos cuarenta años, hicieron presente en Aparecida.

En este sentido es muy interesante que Aparecida hable del “testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes aún sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (A. 99). Es la primera vez que se reconoce en una Conferencia episcopal lo que se suele llamar el martirio latinoamericano: Aparecida hace memoria de ello.

Veamos algunos puntos en esta línea.

La discusión sobre el método ver, juzgar, actuar

En la preparación a la Conferencia hubo una discusión sobre el método en Aparecida, el método de ver, juzgar y actuar. Método, de abolengo bíblico, conectado con la lectura de los signos de los tiempos, y el tema de los lugares teológicos, que fue elaborado en otros tiempos por el teólogo Cano.

Fue utilizado en Medellín y Puebla, pero objetado en Santo Domingo, debido al riesgo, se decía, de no llegar a una perspectiva de fe. Era desconocer que desde el ver, se trata de una lectura creyente de la realidad. Si no fuese así no se pudiese hablar de la dimensión social del pecado, como ocurrió en la Conferencia de Medellín. En Medellín cada documento parte del esquema ver, juzgar y actuar; y Puebla lo tomó como punto de partida de la conferencia algo que se repitió en el documento Aparecida. Dos veces se votó (17 a 5) en relación con Aparecida para regresar al método ver, juzgar y actuar.

Se trata de una lectura a la luz de la palabra de Dios, a la luz del Evangelio. (cf. *Gaudium et Spes*, n.4) Ver la realidad es capital porque es el elemento

que nos desafía a la luz de la palabra de Dios. Esto nos lleva a una cosa cotidiana, porque nos obliga a mantenernos cercanos a lo que está pasando en nuestro pueblo, a tratar de ver desde allí, y, con un acento particular en ver la realidad desde la perspectiva de los últimos, ver desde los más frágiles, desde los insignificantes de la sociedad.

Leer desde el pobre (cf. Mateo 25,31-46) tiene tradición en América Latina. Es un texto central tanto para Bartolomé de las Casas como para Guamán Poma de Ayala, un indio cristiano de primera generación. Guamán Poma escribió una carta, en realidad todo un libro, al rey Felipe III de España, que, por supuesto, nunca le llegó al rey. El texto fue descubierto, un siglo atrás, en un archivo en Copenhague. Y él, cristiano que acababa de aprender el Evangelio, toma como punto de partida a Mateo 25. Entonces este texto ya tiene trayectoria y tradición en la historia de la iglesia latinoamericana, esta atención a los pobres como encuentro con Cristo. La dinámica del ver, juzgar y actuar no se queda solamente en el plano social sino que representa una lectura de la realidad a partir del Evangelio. Yo tengo la impresión que Aparecida se ha esforzado de tal manera en esta perspectiva que se le puede considerar como un elemento fundamental de la Iglesia en América Latina para la vida diaria de la Iglesia en general, y que va a mantenerse en nuestra Iglesia.

El desafío que viene de la pobreza

Un segundo tema que motivó una amplia discusión antes y en la Conferencia de Puebla, es el desafío que viene de la pobreza. La pobreza es un hecho social, económico y cultural, pero la originalidad de la perspectiva teológica de los sesentas fue de considerarla como una situación inhumana, como se expresa en la Conferencia de Medellín. Puebla, por su parte, la calificó como una situación antievangélica. Esto quiere decir que la pobreza es un reto a la fe cristiana, a la fe en el Dios que se caracteriza como amor. Es un reto a la evidencia y a la comunicación de nuestra fe. No es el único reto. Cuando digo reto no quiero decir rechazo, porque no hay reto que no traiga posibilidades para su superación. Se presentan elementos negativos pero nos capacita también para poder abrir campos nuevos. En nuestro recorrido de cuarenta años, tanto aquí como en otras partes del planeta, hemos considerado la pobreza así, no tan sólo como

un dato encasillado en lo social, y como algo interesante para la doctrina social de la iglesia, sino como un hecho significativo desde nuestra fe, como un hecho significativo inscrito en la Biblia también.

Algunos han intentado reducir la pobreza a un problema económico o sociológico. Éste no es el sentido del pobre en la Biblia. El pobre en la Biblia es el que no cuenta, es decir, los pobres son los ‘insignificantes’. En última instancia la pobreza significa muerte temprana e injusta, es una interpelación al amor de Dios por todas las personas, y preferentemente por el pobre. Hasta ahora, es mi impresión, no hemos logrado convencer a algunos teólogos académicos que este sea un problema teológico. No tienen dificultad, sin embargo, en considerar que la modernidad, un hecho histórico, es un reto a la fe.

En una frase que encuentro atrevida, del anterior general de los Jesuitas, el padre Kolvenbach, decía que la pobreza es una expresión del fracaso de la creación. La creación es justamente un gesto de amor de Dios, es un don, una concepción que toma particular relieve en la actual preocupación por el abuso del medio ambiente. En este horizonte de la vida de la creación podemos decir que la pobreza va contra la voluntad de Dios.

Para terminar con este segundo punto, recordemos una afirmación de Medellín que considero como el piso o el fundamento sobre lo cual edificamos nuestra concepción de la pobreza. Fácilmente podemos afirmar que la pobreza puede tener graves aspectos sociales, que es una condición que afecta a importantes sectores de la sociedad, que es determinado por el género, lo cual representa un indicador muy importante de la pobreza, y que está, además, sujeto a procesos y profundos cambios. Todo eso hace que Medellín sostenga que la pobreza es un mal; nunca es buena.

Desde allí si se pueden precisar los otros significados de la pobreza, que si los hay en la Biblia, también. Así se presenta la pobreza espiritual, o infancia espiritual, Ella significa poner nuestras vidas en las manos de Dios, que amemos a Dios, y que por este amor nos comprometemos en asumir la pobreza como un estilo de vida. Ese es el primer sentido de la pobreza espiritual, de allí se desprende una consecuencia —una consecuencia inevitable—, es el desprendimiento frente a los bienes de este mundo.

¿Si la pobreza es un mal, por qué tendríamos que asumirlo? En la reflexión teológica que se refleja en el documento de Medellín alrededor de la pobreza, llegamos a la conclusión que hay que asumir el amor al pobre como una expresión de solidaridad, y por rechazo a la pobreza. No se escoge la pobreza por el valor de austeridad, y ni tampoco por el valor de sencillez. No se puede amar la pobreza porque va en contra de la voluntad de vida de Dios; la pobreza en última instancia es muerte. La opción preferencial por los pobres: es al mismo tiempo un rechazo a la pobreza y una expresión de solidaridad con los pobres.

Rechazar la pobreza implica también rechazar las causas de la pobreza, que es otro aporte importante de las reflexiones de estos cuarenta años de Medellín hasta Aparecida. La ayuda inmediata y directa al pobre sigue teniendo sentido, pero si no vamos a las causas de la pobreza no es suficiente. Paul Ricoeur decía: no se está con los pobres si no estamos en contra de la pobreza. Karl Barth proclama: Dios está siempre al lado de los pobres y contra los poderosos de este mundo. Para afirmar eso basta con leer la Biblia.

La expresión ‘opción preferencial por los pobres’, nació entre Medellín y Puebla, fue elaborada y aceptada en Aparecida. Preferencial quiere recordar que el amor de Dios es universal. No quiere decir que el amor de Dios se dirige exclusivamente a los pobres. Es un amor universal y preferencial al mismo tiempo. No hay contradicción entre estas dos aseveraciones, hay cierta tensión. La opción preferencial por el pobre es fundamentalmente una opción teocéntrica, es decir, centrada en el Dios que Jesús nos revela.

Esta opción ha sido retomada y reforzada en Aparecida, y constituye un eje de sus conclusiones. Es más, Aparecida afirma que la opción por los pobres es “uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña” (DA. 391). Se apoya, además, en las palabras que dirigió Benedicto XVI en su discurso inaugural: “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Cor 8,9)” (DI. n.3). Es decir, que pertenece al corazón mismo de la fe cristiana. Lo subraya Aparecida, diciendo: “Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2,11-12)” (DA. 392).

La comunicación del Evangelio

Las conferencias episcopales latinoamericanas han insistido siempre en la proclamación del Evangelio, también es el caso de Aparecida. Anuncio que incide en la historia humana y en la necesidad de construir una sociedad justa.

Acción por la justicia y promoción humana no son ajenas a la evangelización. Todo lo contrario. No terminan allí donde comienza el anuncio del mensaje cristiano, no es una pre-evangelización; constituyen una parte de la proclamación de la Buena Noticia. Esta visión, que hoy es cada vez más evidente, y lo es en Aparecida, es el resultado de un proceso que fue haciendo comprender el sentido de decir “que llegue tu Reino”. Es hablar de la transformación de la historia en la que el reinado de Dios se hace presente ya, aunque todavía no plenamente. Es una andadura que acelera el paso desde el Concilio, dónde se tomó seriamente la presencia de la iglesia en el mundo.

Al respecto, Medellín afirma que Jesús vino a liberarnos del pecado, cuyas consecuencias son servidumbres que se resumen en la injusticia (Justicia 3); el punto fue retomado, de una manera u otra, por las siguientes asambleas continentales. Juan Pablo II lo dijo en Puebla: la misión evangelizadora “tiene como parte indispensable la acción por la justicia y la promoción del hombre”.

Por su parte, Aparecida dice: “la Iglesia está convocada a ser “abogada de la justicia y defensora de los pobres” ante “intolerables desigualdades sociales y económicas” (DA. 395). El punto queda claro. El anuncio del evangelio es una palabra profética que anuncia el amor de Dios por toda persona, pero prioritariamente por los pobres e insignificantes, y que denuncia la situación de injusticia que ellos padecen. Es una cuestión de principio, que las infidelidades históricas a ese postulado no lo modifican en tanto que exigencia permanente.

El anuncio del evangelio implica una transformación de la historia que gire en torno a la justicia, a una respetuosa valoración de las diferencias de género, étnicas y culturales, y a la defensa de los más elementales derechos humanos sobre las que debe fundarse una sociedad basada en la igualdad y la fraternidad.

La comunicación apunta a la comunión y es creadora de comunidad. Pero el verbo comunicar es un verbo transitivo, es decir que requiere un complemento. No es el caso del verbo ser, por ejemplo, que es un verbo intransitivo, decir yo soy, tiene sentido. En cambio no basta decir yo comunico, es necesario añadir qué se comunica. ¡No transformemos un verbo transitivo en uno intransitivo! La comunicación no es algo aparte del contenido. Y la comunicación —aquí estoy en el intento de cerrar el círculo— no puede prescindir de la lectura creyente de la realidad. No se puede anunciar el Evangelio si no somos capaces de leer la realidad, a la luz el Evangelio, para detectar lo que en ella corresponde, o no corresponde, a la voluntad de Dios.

Por último es muy importante, en el compromiso con los pobres y en la comunicación del evangelio, considerar a los pobres en la plenitud de sus derechos humanos, y por lo tanto, como responsables de su propio destino, como agentes de su propia historia. En este sentido necesitamos ser claros, como cristianos, y como comunicadores, en el sentido y metas de nuestro compromiso con los pobres y excluidos. No se trata de buscar ser la voz de los que no tienen voz. Nuestro propósito debe ser, más bien, que los que no tienen voz la tengan. Monseñor Romero nos enseñó mucho al respecto.

Creo, finalmente, que estamos en un momento muy interesante de la historia. Aparecida nos permite hacer una memoria como ‘presente del pasado’, y por eso mismo capaz de abrirse al futuro. La influencia de las conclusiones de Aparecida dependerá de la ‘recepción’ que reciba de parte del conjunto de la Iglesia. Son finalmente las personas, la Iglesia viva, que determinan los procesos de la iglesia.